

El vacío doctrinal estratégico en la posguerra fría y el paradigma del choque de civilizaciones

Las veloces transformaciones del escenario internacional de comienzos de la década de los noventa, replantean la necesidad de elaborar una doctrina que guíe la aplicación de la política exterior de los centros de poder político y económico mundiales.

El "choque de civilizaciones" pareciera ser concebido por algunos autores como el nuevo paradigma de la posguerra fría, a través de la idea central de que las fuentes fundamentales de conflicto futuro entre las naciones serán de tipo cultural.

¿Esto implicaría afirmar que los estados-nación disminuirán su importancia frente a una incontenible influencia "civilizatoria"? Esta y otras interrogantes, son abordadas en este trabajo, que tomando como base las propuestas del politólogo estadounidense Samuel Huntington, dejan al descubierto la necesidad actual que tiene el pensamiento norteamericano por redefinir su propia doctrina estratégica.

The Strategic Empty Doctrinal in the Cold Postwar and The Para- digm of The Civilizations Clash

The fast transformation of the international scenery begins in the 90's, it puts into action the need to elaborate a doctrine which can guide the diligence of the foreign policy of the centers of politic and economic power in the world.

The "civilizations clash", might have been conceived by several authors such the new paradigm of the cold postwar, through the main idea about the basal sources of the future conflict among nations will be cultural.

Would this imply to affirm that the states-nations would decrease their importance facing to an imminent influence "civilatory"? This, and other questions, are studied in the present work, that taking basis in the proposals of the American expert in policy Samuel Huntington, we can see the actual need that the american thought has to its own strategic doctrine.

El vacío doctrinal estratégico en la posguerra fría y el paradigma del choque de civilizaciones

LUIS MESA DELMONTE

Descubridora

El súbito derrumbe “en dominó” de los países socialistas de Europa del Este y la desintegración de la URSS, fueron acontecimientos que han tenido un enorme impacto en las relaciones internacionales contemporáneas. A partir de este colapso se consideró terminado el periodo conocido como “Guerra Fría” y algunos comenzaron a hablar con excesivo optimismo de un Nuevo Orden Mundial más pacífico, armónico y uniforme.

La euforia inicial emanada tras la desaparición de ese fuerte rival ideológico y estratégico ha propiciado un mayor nivel de protagonismo internacional, tanto político como militar, por parte de Estados Unidos. Un episodio inicial y clave lo constituyó, sin duda, la Guerra del Golfo, calificada como el primer gran conflicto bélico de la “posguerra fría”, —y antídoto parcial contra el llamado “síndrome de Viet-Nam”—, a partir del cual Estados Unidos ha intentado imponer su voluntad de acción e interpretación, ya sea logrando una cierta legitimidad internacional o prescindiendo de ella en decisiones de corte abiertamente unilateral.

Luis Mesa Delmonte
lmesa@estud.colmex.mx

En el campo teórico-conceptual se consideró como exitosa y triunfante la Doctrina de la Contención que, luego de haber sido aplicada durante más de 40 años, alcanzaba al fin los propósitos definidos por George Kennan y puestos en práctica por diversas administraciones, como pieza central de la política exterior estadounidense. La nueva situación también condujo a nuevas formulaciones e interpretaciones que aseveraban “el fin de la historia”¹ y el advenimiento de un mundo definitivamente comprometido con la proliferación de los valores democráticos occidentales y la implantación de un universal modelo económico neoliberal, todo ello según los patrones incuestionables de la ideología de la globalización.

Sin embargo, de manera casi inmediata quedó demostrado que, con la desaparición de la bipolaridad de la etapa de Guerra Fría, quedaban anulados algunos acápites dentro de la muy extensa agenda de conflictos a escala mundial; pero se mostraron con mucha más autoctonía toda una gama de crisis regionales e internas de variada sustentación económica, política, étnica, religiosa, territorial, ideológica y estratégica, al mismo tiempo en que otros muchos retos en materia de integración regional, competitividad entre grandes bloques económicos, producción bélica y civil, y readecuaciones y continuidades en política exterior, se han seguido presentando ante los estrategias de los más importantes actores internacionales.

Ante estas realidades ya se hace obsoleto para Estados Unidos su muy famosa Doctrina de la Contención; ya no existe un bloque de países socialistas europeos ni una Unión Soviética a quien culpar ni contra la cual dirigir grandes esfuerzos. Hay que buscar nuevas respuestas, nuevas interpretaciones y nuevas políticas. Estados Unidos tiene que redefinir sus prioridades, reevaluar sus llamados intereses vitales e identificar en el nuevo contexto qué elementos juzga como principales peligros para estos intereses en sustitución de la desaparecida “amenaza comunista” y qué nuevos ingredientes deben añadirse a sus vastísimos cálculos y valoraciones de seguridad nacional. El pensamiento norteamericano tiene que identificar los nuevos retos y elaborar una nueva doctrina que guíe su acción futura.

Sin embargo, hasta el momento puede apreciarse en el alto pensamiento norteamericano un cierto vacío doctrinal estratégico —algo semejante a lo que el prestigioso *International Institute of Strategic Studies (IISS)* de Londres ha calificado como una “artrosis estratégica”² que sufren las principales potencias occidentales. Ello explica que en la actualidad exista todo un extenso inventario temático sobre el cual se está debatiendo, buscando consenso y definiciones; y que consecuentemente aparezcan incluso oscilaciones e incongruencias en la aplicación de la política exterior de Washington. Aunque también, pudiéramos detectar

¹ Según el famoso ensayo de Francis Fukuyama, “The End of History”, *The National Interest*, no.16, Summer, 1989.

² IISS, *Strategic Survey, 1993-1994*.

en el plano de la praxis de política exterior estadounidense, una buena cuota de “inercia operativa”, es decir, de una fuerte tendencia a seguir inclinándose por las opciones de contenido bélico, al más claro estilo doctrinal realista de etapas anteriores.

Richard Gardner, por ejemplo, plantea que existen tres filosofías diferentes entre los líderes y la opinión pública norteamericana: la primera la define como de Nuevo Aislacionismo, una exhortación a “volver a casa” para concentrarse en problemas internos que se han descuidado; la segunda la describe como Unilateralismo Mundial, que insta a Estados Unidos a ejercer unilateralmente su fuerza ahora que ya no hay una URSS que pueda oponérsele; y la tercera es la del Internacionalismo Práctico, que se define como la doctrina que propone colaborar, siempre que sea posible, con otras naciones en el marco de instituciones regionales y mundiales, para satisfacer intereses comunes respecto a la paz, los derechos humanos y el desarrollo económico.³

Es precisamente en medio de todo este debate doctrinal que ha llamado sumamente la atención las propuestas del conocido politólogo norteamericano Samuel Huntington, quien esboza como tesis central un nuevo futuro de enfrentamiento entre civilizaciones.⁴

Huntington opina que en el mundo moderno los conflictos han evolucionado de diferencias entre reinados y principados, a divergencias entre naciones y de ahí a enfrentamientos entre ideologías —como sucedió durante la posguerra—; y pronostica que en el futuro los principales conflictos se derivarán del choque entre civilizaciones.

Su hipótesis central es que en el mundo de la posguerra fría, las diferenciaciones más importantes entre las comunidades humanas, ya no serán políticas, ideológicas o económicas, sino culturales. Por primera vez en la historia —opina— la política global es multipolar y multicivilizacional, por lo que consecuentemente las fuentes fundamentales de conflictos en este “nuevo mundo” serán primordialmente de tipo cultural; y aunque reconoce que las naciones-estados seguirán siendo los más potentes actores en los asuntos mundiales, cree que “...los principales conflictos de la política global ocurrirán entre naciones y grupos de diferentes civilizaciones”, y que “las líneas de fractura o fallas que existen entre las civilizaciones serán los frentes de batalla del futuro”.⁵

Al respecto estima que, en la actualidad, sería mejor agrupar a los países no en términos de su desarrollo, sistemas políticos o económicos, sino más bien en términos de sus culturas

³ Consultar al respecto a Richard N. Gardner, “La política exterior de la administración Clinton”, *Política Exterior*, no.38, abril-mayo 1994, p.76.

⁴ Propuestas recogidas en: “The Clash of Civilizations?”, *Foreign Affairs*, no.3, 1993; “If not Civilizations, What? Paradigms of the Post-Cold War World”, *Foreign Affairs*, no.4, 1993; *The Clash of Civilizations and the Remaking of the World Order*, Simon and Schuster, N.Y. 1996, 368p.

⁵ Samuel P. Huntington, “The Clash of Civilization?”, *Foreign Affairs*, Summer 1993, p. 22.

o civilizaciones; identifica a varias civilizaciones contemporáneas como la hindú, islámica, japonesa, confuciana, ortodoxa y occidental, y otras que podrían ser consideradas como tales: la africana y la latinoamericana; y brinda la siguiente definición de civilización:

... una civilización es una entidad cultural [...] es el más elevado agrupamiento cultural de gente y el más amplio nivel de identidad cultural que la gente tiene aparte de todo aquello que distingue a los humanos de otras especies. Se define tanto por elementos objetivos comunes, como la lengua, la historia, la religión, las costumbres, las instituciones, como por la autoidentificación subjetiva de la gente [...] Una civilización puede abarcar varios estados naciones, como son los casos de la civilización occidental, latinoamericana o árabe, o sólo uno como sucede con Japón.⁶

Cuando Huntington explica el por qué chocarán las civilizaciones especifica que los futuros conflictos ocurrirán a lo largo de lo que él denomina como “líneas de fractura o fallas”, es decir, en las fronteras o divisiones entre civilizaciones. Considera que “estas diferencias de siglos no desaparecerán y podrán generar los conflictos más violentos”, pues, a pesar de que el mundo de hoy se hace más pequeño al aumentar su interacción, cree que esta interacción lo que provoca es una profundización de la conciencia de la gente acerca de su civilización, un reforzamiento de sus diferencias y, por ende, de los enfrentamientos entre civilizaciones “que emanan, o se piensa que emanan, del fondo de la historia”.

Sugerir como nuevo paradigma para la nueva etapa de posguerra fría el choque entre civilizaciones, resulta una interesante propuesta que lógicamente ha generado un intenso debate, aunque en cierta medida, desde el punto de vista filosófico, la visión de Huntington se deriva de concepciones ya expresadas en etapas anteriores por pensadores como Arnold Toynbee, Oswald Spengler y Karl Deutsch.

Estos pensadores, centran preferentemente su atención sobre los elementos que distinguen cualitativamente a cada una de las civilizaciones, adjudicando un peso secundario al estudio de los factores que las vinculan, así como al proceso de intercambio, influencia y asimilación recíproca que se experimenta entre ellas. Entienden que las diferencias religiosas, lingüísticas y étnicas determinan el conflicto social tanto a nivel interno como internacional.

Para cualquier analista surgen también otras muchas dudas e interrogantes, pues con la sugerencia de Huntington se dejan a un lado extensas agendas actuales que reflejan los innumerables retos y conflictos del mundo de hoy tanto a escala global como regional y local, para muchos de los cuales no existen aún respuestas adecuadas y parece que tendrán una fuerte vigencia en el futuro.

⁶ S. Huntington, “The Clash of ...?”, *op. cit.*, pp. 23-24.

¿Por qué no prestar atención, por ejemplo, a la nueva competencia que se intensifica entre las mayores potencias tecnológicas, industriales y financieras, una vez desaparecida la anterior confrontación antagónica entre el modelo económico-social socialista y el capitalista? ¿Por qué no llamar la atención sobre los nuevos debates y reacomodos de los grandes emporios del poder y del capital mundial? De hecho, es muy notable que en el análisis, Huntington excluya la enorme importancia que tienen las variables relacionadas con la economía mundial.

Tal como se cuestiona el profesor de El Colegio de México, Manuel Ruiz Figueroa:

¿Por qué ni las divergencias entre los Estados, ni las económicas, ni las ideológicas serán la primera fuente de conflicto, cediendo ese papel a los valores culturales? ¿Qué pueden tener *ahora* los valores culturales que los hagan más agresivos que los intereses económicos y las ideologías? [...] Las civilizaciones han existido por siglos o milenios, son incluso anteriores a los estados nacionales y a las ideologías, y no se han caracterizado por un continuo enfrentamiento entre ellas.⁷

Al respecto también resulta muy atractivo tener en cuenta a Edward N. Luttwak, cuando nos habla de la actual lucha geo-económica y acerca de cómo el comercio internacional es el nuevo campo de batalla, luego de finalizada la Guerra Fría, transformando la máxima clausewitziana de que “la guerra es la continuación de la política por otros medios” en “el comercio es la continuación de la guerra por otros medios”.⁸

Al centrarse la atención en el choque de civilizaciones no sólo queda a un lado este gran problema, sino que también se oscurece el debate respecto a otros importantísimos tópicos globales tales como: la enorme desigualdad económica existente entre muchos países (el conocido como conflicto Norte-Sur o desarrollo-subdesarrollo); las dificultades para la adquisición y asimilación de nuevas tecnologías; el reto que representa el acelerado crecimiento de la población mundial; los desequilibrios y crisis derivados del incremento de los flujos migratorios de áreas menos favorecidas hacia otras que ofrecen mayores perspectivas de supervivencia o posibilidades de inserción económica; las agudas carencias en varias regiones del planeta de programas de salud pública y educativos; los problemas de participación política, democracia y derechos humanos; las graves amenazas al ambiente derivadas de descontrolados procesos tecnológico-industriales; los cambios climatológicos, las enormes sequías, la desertificación de extensas áreas y la hambruna; el debate respecto a la producción, control y proliferación de armamentos tanto convencionales como de exterminio masivo

⁷ Manuel Ruiz, “Islam y Occidente, ¿un choque de civilizaciones?”, ponencia inédita, El Colegio de México.

⁸ Consultar Edward N. Luttwak, *The endangered American dream: How to stop the United States from becoming a Third World country and how to win the geo-economic struggle for industrial supremacy*, Simon and Schuster, N.Y., 1993, 365 pp.

(químico, bacteriológico y nuclear) así como sus portadores; el costo que aún representa esta producción armamentista, etcétera.

Al hacer un inventario lo más exacto posible que recoja los más agudos temas de conflicto del mundo de hoy, habría que agregar a esta agenda de temas globales otros muchos focos de crisis a escala interna y regional que se originan a partir de todo un mosaico de motivaciones políticas, económicas, étnicas, nacionalistas, religiosas, fronterizo-territoriales y estratégicas.

A esta visión fatalista del enfrentamiento entre civilizaciones, se podría contraponer otro escenario que considere viable una interacción armónica entre civilizaciones y culturas. La historia, aunque repleta de experiencias traumáticas de expansiones y dominaciones imperiales, o de equilibrios y desequilibrios de poder, ha ido dando lugar paulatinamente a un resultado cultural universal que es mucho más producto de experiencias y conocimientos compartidos, de progresivos procesos de integración multifacética y de préstamos entre civilizaciones, que de procesos culturales autárquicos que coexisten.

A partir de ello la creciente acción recíproca entre las civilizaciones, derivada del acelerado desarrollo tecnológico en las comunicaciones y los intercambios a escala global —siempre que no esté acompañada de intereses parciales dirigidos a la imposición de patrones de conducta o interpretación, ni a esquemas de dominación de inspiración variada—, podrá dar paso progresivamente a tejidos culturales más armónicos e integradores, o al menos a un ya comprobable multiculturalismo o cosmopolitismo cultural presente en algunas sociedades de notables flujos de inmigrantes. El propio proceso de interacción cultural en Estados Unidos, aunque plagado de imperfecciones y diferencias entre sus muy variados componentes, podría ser un ejemplo parcial de dicha compatibilidad entre civilizaciones.⁹

Si bien algunos argumentan que hoy en Estados Unidos los nuevos flujos migratorios aportan nuevas “prácticas exóticas” a la vida diaria del norteamericano, estas diferencias pueden ser realmente significativas en una primera etapa; pero, paulatinamente, podrán reforzar el ya mencionado cosmopolitismo cultural en un proceso semejante al experimentado durante los 200 años de variados flujos migratorios que han propiciado la formación de esta nación y su cultura.¹⁰

⁹ Sobre el debate respecto al predominio de un crisol cultural (*melting pot*) o al mantenimiento de una identidad distintiva dentro de la sociedad norteamericana, consultar a Carl N. Degler: “Un reto para el multiculturalismo”, artículo originalmente aparecido en *New Perspectives Quarterly* y reproducido en *Facetas*, no. 4, 1992, pp.36-40.

¹⁰ Para ilustrar la contraposición de opiniones entre los enfoques culturales pluralistas y los particularistas consultar a Diane Ravitch, “Diversidad en la educación”, *The American Scholar*, no.3, Summer, 1990; y a Frank E. Wong, “La búsqueda de comunidad”, *Change*, no.4, July-August, 1991; ambos textos reproducidos en *Facetas*, no.1, 1992.

El problema central en la actualidad es que debido esencialmente a dificultades de índole económica, perceptibles en los tradicionales focos mundiales de atracción migratoria, se han generado fuertes tendencias de corte xenofóbico que obviamente rechazan cualquier modelo de incorporación y fusión cultural progresiva. En ello radica la explicación y no en la imposibilidad del intercambio cultural *per se*.

Para el caso específico de Estados Unidos, Ronald Takaki observa que estas contradicciones económicas han intensificado los antagonismos raciales, pues los asiático-americanos han sido asociados con la invasión de autos y capitales japoneses, los hispanos son vistos como trabajadores indocumentados que usurpan empleos a los estadounidenses, mientras que los negros son culpados por su dependencia del bienestar social y de los privilegios especiales de la acción afirmativa.¹¹

Probablemente un fuerte espíritu proteccionista en materia económica, lleva a que Huntington trate de identificar como peligroso al multiculturalismo, suponiendo que el fortalecimiento de identidades subnacionales, étnicas y raciales, debilitan la identidad y cultura común de Estados Unidos, y que la ideología del multiculturalismo invita a la declinación moral, al suicidio cultural y a la desunión política. Frente a ello insiste en la necesidad de dar absoluta prioridad a una identidad de origen europeo, particularmente anglosajona y protestante.

La sociedad occidental en general —afirma— es retada por grupos dentro de la misma. Uno de estos retos más importantes proviene de los flujos de inmigrantes de otras civilizaciones que rechazan ser asimilados, mantienen su adhesión y propagan valores, costumbres y culturas de sus sociedades originales. Según Huntington, mientras los musulmanes representan el problema más inmediato para Europa, los migrantes mexicanos lo constituyen para Estados Unidos.

Benjamin Barber, al criticar esta contradicción central en Huntington observa que su lógica es muy peculiar, pues al mismo tiempo en que ataca al multiculturalismo en el plano de la política interna, exhorta al mantenimiento de divisiones entre culturas en el plano internacional, y resalta cómo los defensores de un multiculturalismo en Estados Unidos ven en el discurso nacionalista-homogeneizador o de credo unitario un pretexto para la imposición, la dominación y la hegemonía.¹²

Sobre este debate es interesante tener en cuenta a Michel Leiris cuando opina que:

¹¹ Ronald Takaki, "Culture Wars in the United States: Closing Reflections on the century of the Colour Line", en Jan Naderveen y Bikhu Parekh (eds.), *The Decolonization of Imagination. Culture, Knowledge and Power*, Zed Books, 1995, p. 170.

¹² Consultar al respecto a Benjamin R. Barber, "Fantasy of Fear", *Harvard International Review*, Winter, 1997-98, p. 70

Cuanto menos aislado esté un pueblo y cuanto mayor sea su apertura sobre el exterior y sus oportunidades de contacto con otros pueblos, mayores son las probabilidades de que la cultura de este pueblo evolucione, enriqueciéndose tanto por los préstamos directos como por la diversidad más grande de experiencias que tienen sus miembros, así como de la necesidad en la que se encuentran de responder a situaciones inéditas [...] las culturas europeas, por su irradiación cultural, parecen haberse beneficiado en mayor medida de los frecuentes contactos mantenidos durante largo tiempo entre ellas, y con grupos diferentes.¹³

Huntington cree que, a medida que evoluciona el mundo de la posguerra fría, la comunidad de la civilización —eso que Greenway ha denominado el “síndrome del país allegado”— va reemplazando a la ideología política y a las tradicionales valoraciones sobre el balance del poder, como la base principal para cooperar o formar coaliciones. Por ello estima que, aunque en el futuro habrá conflictos y violencia entre Estados y entre grupos al interior de una misma civilización, “lo más probable es que tales conflictos sean menos intensos y se extiendan menos que los conflictos entre civilizaciones”.

¿Por qué este súbito cambio de lo económico-político-ideológico a lo cultural? Pues tampoco encontramos en el pasado recientes ejemplos claros que puedan indicarnos un cierto nacimiento, punto de partida o antecedentes para una tendencia semejante en la actualidad y en el futuro, pues durante el presente siglo los conflictos más violentos han ocurrido al interior de las civilizaciones (como las dos guerras mundiales); e igualmente los años de Guerra Fría se caracterizaron por el enfrentamiento absolutamente antagónico de ideologías y concepciones estratégicas pertenecientes a una misma civilización, según el concepto brindado por Huntington.

Pero digamos aún más, en estos primeros años de la posguerra fría parece estarse probando todo lo contrario a la tendencia sugerida por Huntington: el conflicto entre Iraq y Kuwait fue entre dos países musulmanes; en la formación de la coalición antiiraquí, dirigida por Estados Unidos, participaron países pertenecientes a distintas civilizaciones; otras grandes crisis que han llamado la atención internacional, como por ejemplo las de Somalia, Ruanda, Congo, Argelia, Afganistán, Yemen, e incluso la de la ex Yugoslavia, obedecen básicamente a motivaciones de luchas por el poder y ventajas económicas, y no a choques entre civilizaciones que ocurran en la divisoria “línea de fractura o falla”. En realidad, y tal como señala Rosecrance “hay tantos conflictos dentro de las culturas y civilizaciones, como los que existen entre ellas”.¹⁴

¹³ Citado por Mervyn Claxton en, “Culturas: cambio e intercambio”, *Cultura y más*, no. 14, 1994, p. 15

¹⁴ Richard Rosecrance, “The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order”, *The American Political Science Review*, December, 1998, p. 979.

Huntington también se inclina a favor del choque entre civilizaciones en la medida en que opina que las civilizaciones no occidentales experimentan un regreso a sus raíces ante el fracaso de ideas occidentales y, consecuentemente, se disponen a enfrentar a un Occidente en el pináculo de su poderío “para plasmar el mundo en modos no occidentales”.

No obstante, en toda esta línea argumental Huntington parte de presupuestos muy cuestionables ya que otorga un alto grado de homogeneidad al concepto de “Occidente”, no hace ningún comentario respecto a la diversidad política, social y cultural presente en el mismo, sus raíces y temas de conflictos internos actuales y, por el contrario, nos lo presenta como el producto más avanzado, racional y cuasiperfecto al que debe aspirarse universalmente. La propuesta de Huntington es afín también con uno de los grandes dogmas de la ideología de la globalización que aboga por el debilitamiento acelerado y final desaparición de las estructuras estatales, de cualquier estrategia o interés nacional frente a las fuerzas del capital mundial, supuestamente transnacional, o mejor aún supranacional. Al respecto la crítica de Manochehr Dorraj es bien atractiva:

Sólo las naciones pueden declarar y hacer la guerra. Los intereses económicos y políticos determinarán si un país empleará o ignorará sus vínculos civilizacionales para promover sus intereses (...) el estado controla a la civilización, la civilización no controla al estado. Por lo tanto las diferencias civilizacionales no producen por sí mismas conflictos y guerras. La historia mundial ha sido testigo de guerras y conquistas imperiales en las cuales se han utilizado las lealtades religiosas y civilizacionales para movilizar a las masas; también ha presenciado siglos de coexistencia pacífica entre diferentes civilizaciones.

Aún más, las civilizaciones no tienen fronteras claras sino fluidas, con múltiples fuentes de identidad. Mutan, cambian, toman prestado, sintetizan y transforman. La civilización occidental, al igual que la islámica y la hindú, comprende a varias culturas y pueblos. La diversidad dentro de las civilizaciones puede ser tan inmensa como aquella entre civilizaciones. Si el multiculturalismo dentro de una nación o de una civilización no genera necesariamente guerra y conflicto, entonces las diferencias entre civilizaciones tampoco son explicación suficiente para la guerra y el conflicto en la era de la posguerra fría.

Las causas reales de los conflictos no son civilizacionales sino socioeconómicas, y no son permanentes, sino temporales.¹⁵

Huntington piensa también que el proceso de debilitamiento de la identidad del Estado-nación está propiciando que la religión llene este vacío “a menudo bajo la forma de

¹⁵ Manochehr Dorraj, “In the throes of civilizational conflict?”, *Peace Review*, December, 1998, p. 634.

movimientos etiquetados como fundamentalistas”. El retorno a la religión, según Huntington, provee una base de identidad y compromiso que trasciende las fronteras nacionales y una de las civilizaciones.

Respecto al tema particular de la religión, presta especial atención al Islam, al que aparentemente responsabiliza por la mayor parte del conflicto actual y futuro entre civilizaciones. Este Islam estereotipado es presentado como un bloque bastante homogéneo (aunque no exento de conflictos internos) y generador de conflicto por excelencia, sin aparente flexibilidad ni capacidad de convivencia; es entonces, aunque Huntington no emplee la definición, esa “nueva amenaza verde”, esa nueva fuente de conflicto y de reto contra la cual hay que concentrar la mayor parte de todos los esfuerzos, ese punto focal de atención en su “búsqueda belicosa de enemigos”.¹⁶

Así Huntington ejemplifica como “líneas de fractura” notorias, aquellas que se extienden entre el cristianismo y el Islam, entre el hinduismo y el Islam, entre el budismo y el Islam, entre el judaísmo y el Islam, y entre los propios musulmanes para concluir dramáticamente: “El Islam tiene fronteras bañadas en sangre”. Si además tomamos en cuenta que piensa que “la próxima guerra mundial será una guerra entre civilizaciones”, entonces queda implícito que el Islam será fuente y actor protagónico central en la dinámica futura de conflicto global. En este sentido se apoya en Bernard Lewis cuando dice que: “Se trata nada menos que de un choque de civilizaciones, la reacción quizás irracional, pero sin duda alguna histórica de un antiguo rival contra nuestro legado judeo-cristiano, nuestro presente secular y la expansión mundial de uno y otro”.¹⁷

Resulta erróneo considerar que las llamadas tendencias fundamentalistas islámicas, al exhortar volver a los fundamentos originales de su filosofía, pretendan rechazar todas las formas de la “modernidad” cuya paternidad se le atribuye exclusivamente a Occidente. La académica española Gema Martín-Muñoz llama la atención al respecto cuando dice:

Por el contrario, suele existir una relación simbiótica con pilares de la modernización, tales como la tecnología, los medios de comunicación, la ciencia. Es más, en muchos casos estos movimientos son resultado de la frustración experimentada por los “excluidos” de la modernización en países, sobre todo del Tercer Mundo, que han padecido lo que se podría denominar los procesos de modernización y secularización incompletos e insuficientes.¹⁸

¹⁶ Según la caracterización de Shahid Qadir en “Civilizational Clashes. Surveying the Fault-lines”, *Third World Quarterly*, March, 1998, p.150.

¹⁷ Bernard Lewis, “The Roots of Muslim Rage”, *The Atlantic Monthly*, September, 1999, p. 60 (citado por Huntington).

¹⁸ Gema Martín-Muñoz, reseña bibliográfica “El fenómeno del integrista religioso”, *Política Exterior*, no. 38, abril-mayo, 1994, p. 225.

El problema clave, a tener en cuenta, es toda una mecánica de acción-reacción derivada de prácticas históricas, dirigidas a la implantación de modelos de dominación, y las consecuentes respuestas que surgen basadas en los elementos de mayor legitimidad cultural y política de las sociedades, que rechazan tal preconcebida superioridad. Ello, sin embargo, no quiere decir que obligatoriamente se genere un ciclo infinito de venganza y dominación alternada de unos sobre otros, sino que el propósito fundamental es lograr relaciones más justas y equilibradas entre las partes, eliminando las amenazas que puedan existir. Tal como indica el politólogo Bhikhu Parekh: “una cultura con miedo se refugia siempre en posiciones fundamentalistas”.

El propio Huntington brinda diversas ideas que se convierten en respuestas a varias de estas interrogantes y dilemas planteados. Por ejemplo, reconoce el dominio que en general actualmente ejerce Occidente (y podríamos inferir, Estados Unidos en particular) y expresa como tanto el Consejo de Seguridad de la ONU como el FMI son mecanismos dominados por Occidente para imponer sus intereses al mundo entero. “Para todos los efectos utiliza las instituciones internacionales, la potencia militar y sus recursos económicos en modos que preserven el predominio, protejan los intereses y promuevan los valores políticos y económicos occidentales”.¹⁹

También observa que:

... a nivel superficial, mucho de la cultura occidental ha permeado el resto del mundo. Sin embargo, a otro nivel más básico, los conceptos occidentales difieren fundamentalmente de los prevalecientes en otras civilizaciones. Las ideas occidentales sobre individualismo, liberalismo, constitucionalismo, derechos humanos, igualdad, libertad, el imperio de la ley, democracia, mercados libres, separación de la iglesia y el Estado, tienen poca resonancia el mayor número de veces sobre la cultura islámica, confuciana, japonesa, hindú, budista u ortodoxa.²⁰

Para concluir acertadamente que:

Los esfuerzos occidentales por propagar estas ideas, lo que producen es una reacción opuesta al imperialismo de los derechos humanos y una reafirmación de los valores autóctonos [...] los valores que más importan en Occidente, son los menos importantes en el ámbito mundial [...] en lo tocante a la política, estas diferencias resaltan sobre todo en los esfuerzos de Estados Unidos y otras potencias occidentales para inducir a otros pueblos a que adopten ideas de Occidente sobre la democracia y los derechos humanos. La moderna forma democrática de gobierno se originó en Occidente. En los casos en que se ha arraigado en sociedades no occidentales ha sido, por lo general, producto del colonialismo o de la imposición occidentales.²¹

¹⁹ S. Huntington, *op.cit.*, “The Clash of ...?”, p. 40.

²⁰ *Ibidem*

²¹ *Ibidem*, pp. 40-41.

Es evidente que Huntington no comparte la euforia interpretativa recogida en las propuestas del “Nuevo Orden Mundial” y del “Fin de la historia”, ni el supuesto triunfo de la democracia liberal y su misión universalista y homogeneizadora, ni la visión facilista de la economía globalizadora, sino que parece estar consciente de las dificultades que tiene que enfrentar una estrategia de perpetuación de la dominación, y de la necesidad de buscar nuevos argumentos para el ejercicio hegemónico, ya sea para mantener un cierto *statu quo*, o para elaborar reglas y mecánicas de acción que permitan garantizar y hacer avanzar los intereses generales de los más importantes poderes económicos, políticos y militares a escala mundial, y especialmente de Estados Unidos.

Coincidimos con Stephen Walt cuando opina que:

Huntington siempre ha sido un firme defensor de la civilización occidental en general y de los Estados Unidos en particular, y claramente le preocupa que la cultura individualista y hedonista de Occidente no pueda seguir estando a la altura de los retos que enfrenta. Al describirnos el mundo contemporáneo como uno de inexorable competencia cultural, parece estar brindándonos el fantasma que necesitamos para mantener nuestra casa en orden.²²

El hecho de dar una visión alarmista sobre el Islam una vez terminada la Guerra Fría, obedece —tal como ya hemos señalado— a la necesidad de identificar provisionalmente a un nuevo enemigo al cual contener, al cual definir como amenaza al interés y a la seguridad nacional, en lo que se gana tiempo para hacer las obligadas readaptaciones y reinterpretaciones que permitan la definición de una nueva doctrina estratégica.

A la civilización islámica en general, y a sus variados componentes político-sociales le interesa mucho más compartir, intercambiar y desarrollarse, que proponer un choque de civilizaciones. Incluso la mayor parte de las versiones de un Islam político más activo, protagonista, “fundamentalista” o contestatario, “no tienen como principal propósito el enfrentamiento con otras civilizaciones sino a sus propios gobiernos.”²³ Igualmente, en aquellos países que propugnan ciertos grados de activismo islámico en su proyección exterior, en la gran mayoría de los casos ello obedece más a la promoción de sus intereses nacionales de índole económica, política y estratégica a escala regional, que a algún empeño de inspiración divina destinado a arremeter contra bloques de civilizaciones.

Según la acertada observación de Ingmar Karlsson:

... el islam es un magma, un depósito que contiene conceptos e ideas totalmente dispares, que van desde las doctrinas de salvación utópico-nostálgicas a una identidad cultural secularizada.

El islam con I mayúscula, simplemente no existe en términos religiosos y de ninguna manera en

²² Stephen M. Walt, “Building up new Bogeymen”, *Foreign Policy*, Spring, 1997, p. 189

²³ Jeane J. Kirkpatrick, “The Modernizing Imperative. Tradition and Change”, *Foreign Affairs*, September-October, 1993, p. 23.

un contexto político. No obstante, Huntington evoca la imagen de una “Internacional Islámica”. Pero como ocurrió con la Internacional Comunista en su día, se ha demostrado que es imposible construir una organización de este tipo, que trata de ejercer su autoridad aplicando una clara estrategia de control. En cambio, han prevalecido los intereses de los Estados individuales [...] el islam es un fenómeno de la sociedad, más que un elemento estratégico de la geopolítica.²⁴

En su tratamiento fatalista del Islam, Huntington añade una idea que pretende aportar nuevos ingredientes de carácter militar y reforzar consecuentemente la dimensión estratégica del estereotipo musulmán. Se trata de la conexión confuciana-islámica que nada más y nada menos “ha emergido para desafiar los intereses, los valores y el poder de Occidente”. Así, los programas bélicos y nucleares de China y Corea del Norte se vinculan con países del Medio Oriente para incrementar el poder de un frente militar común contra un Occidente que supuestamente persigue la reducción de las capacidades bélicas globales.

Con esta propuesta Huntington solamente llama la atención en el caso de China; pero obvia la responsabilidad que aún tienen Estados Unidos, Rusia, Francia y Gran Bretaña como principales productores y exportadores de armamentos, y más importantes beneficiarios del mantenimiento de una carrera armamentista durante la posguerra fría, carrera bélica que resulta necesaria como fórmula de transición de sus respectivos procesos hacia la reconversión industrial.

Huntington toma ejemplos absolutamente coyunturales de algunas limitadas transacciones de material bélico chino y coreano con algunos países del Medio Oriente para “nuclearizar” la “amenaza verde”, cuando en realidad estas ventas responden a dinámicas propias del comercio de armas mundial, y no a ninguna empatía natural o alianza de civilizaciones. ¿Podría decirse acaso que las enormes ventas de armamento norteamericano y británico a Arabia Saudita y otras monarquías del Golfo implican el surgimiento de una alianza cristiano-islámica?

Esta visión de confrontación lleva a que Huntington haga una serie de sugerencias respecto a las medidas que deben ser tomadas por Occidente, pues “el eje primordial de la política mundial será las relaciones entre Occidente y los demás”.

En síntesis, tales recomendaciones se dirigen a intentar una concepción más en bloque y amplia de Occidente pues, junto a Estados Unidos y Europa Occidental, se debe “incorporar a las sociedades de la Europa del Este y de América Latina que puedan ser afines”, promover particularmente la cooperación con Rusia y Japón, así como fortalecer la propagación de valores e intereses occidentales.

²⁴ Ingmar Karlsson, “El choque de civilizaciones: ¿un escenario realista?”, en *Política Exterior*, agosto-septiembre, 1994, pp. 162-163.

En estas sugerencias Huntington también propone como táctica central la de moderar la reducción militar de Occidente, a efecto de mantener una supremacía estratégica en determinadas áreas y, de esta forma, proteger sus intereses frente al “nuevo enemigo” islámico-confuciano. Por ello se deberá “limitar el potencial de expansión de estados confucianos e islámicos” así como “explotar las diferencias y conflictos entre ellos”. Con esto intenta brindar renovados argumentos para una evidente continuidad del paradigma realista y neorealista en relaciones internacionales, y para una visión de hegemonía estratégico-militar. Aunque explícitamente diga que los estados-naciones disminuyen su importancia, implícitamente exhorta a la conservación y consagración del poder occidental, sin detenerse tampoco a pensar en las contradicciones existentes entre sus partes integrantes.

Coincidimos nuevamente con la crítica de Walt cuando escribe:

Su énfasis en los “estados centrales” (*core states*) dentro de cada civilización reafirma el papel fundamental de las grandes potencias —definidas en términos realistas tradicionales— y admite que los temas de conflicto en los estados centrales son los clásicos de la política internacional, tales como su influencia relativa, poder económico y militar y el control del territorio. Cuando habla de las grandes potencias, entonces la cultura no importa mucho, y el concepto de civilización desaparece en gran medida de su análisis.²⁵

También la síntesis valorativa de la profesora Shireen Hunter es muy aguda a la hora de criticar a Huntington y caracterizar a las dinámicas generales de conflicto entre Occidente y el Islam:

La causa real de conflicto entre el Islam y Occidente no es la incompatibilidad civilizacional. Claramente Occidente tiene relaciones estrechas y de cooperación con diversos países musulmanes. La dicotomía resulta del ejercicio y las consecuencias del poder. El equilibrio de poder se inclina fuertemente a favor de Occidente. La enorme influencia financiera, política y militar que ejerce Occidente ocasionalmente contempla el apoyo a regímenes y elites de poder que no cuentan con el respaldo de sus propias poblaciones musulmanas. El verdadero choque está por lo tanto basado en la desigual distribución del poder, el bienestar y las influencias.²⁶

A pesar del choque entre civilizaciones propuesto y de una cierta paranoia antiislámica propiciada por algunos de sus argumentos, Huntington arriba también a conclusiones mixtas, pues hace una sugerencia con la cual se puede coincidir en buena medida y que resulta verdaderamente constructiva, ya que deja abierto el camino para interpretaciones mucho más positivas u optimistas:

[Occidente] también necesitará llegar a una comprensión más profunda de los presupuestos básicos religiosos y filosóficos que cimentan otras civilizaciones y los modos en que los seres

²⁵ Stephen Walt, *op.cit.*, “Building up...” p. 186.

²⁶ Shireen T. Hunter, “Clash of civilizations or peaceful coexistence?”, *The Officer*, June, 1998, p. 34.

humanos en esas civilizaciones ven sus propios intereses. Se necesitará un esfuerzo para identificar elementos comunes entre Occidente y otras civilizaciones. En un futuro previsible no habrá ninguna civilización universal, sino un mundo de diferentes civilizaciones, cada una de las cuales tendrá que aprender a coexistir con las otras.²⁷

Si bien es cierto que tal como definió Thomas Khun en *The Structure of Scientific Revolutions*, y nos recuerda Huntington: “Para ser aceptada como paradigma una teoría tiene que parecer mejor que las que le hacen competencia; pero no tiene que, y de hecho nunca logra, explicar todos los hechos con los cuales puede ser confrontada”,²⁸ resulta difícil pensar que el choque de civilizaciones propuesto sea efectivamente el nuevo paradigma para el nuevo mundo de la posguerra fría.

Más bien el choque de civilizaciones podría concebirse como una respuesta parcial a los requerimientos actuales del pensamiento estadounidense para lograr nuevas redefiniciones respecto a sus intereses, y concepciones de seguridad nacional en la posguerra fría. El efectismo logrado con algunos enfoques estereotipados puede provisionalmente llenar un vacío conceptual hasta tanto no se logre definir una nueva doctrina estratégica para la proyección internacional de Estados Unidos. “Para Huntington el multiculturalismo representa un peligro semejante a la disminución del presupuesto de defensa. Su respuesta es un llamado a armarse tanto cultural como militarmente”.²⁹

Tal como expresara Henry Kissinger a comienzos de 1994:

Hoy estamos en un mundo en el cual no existe una clara amenaza ideológica. Tampoco existe ningún concepto nítido sobre geopolítica o geoestrategia en el pensamiento norteamericano [...] por lo tanto, nos encontramos actualmente en una transición de un período de conflicto ideológico a otro que se convierte en un proceso con final abierto, sin un punto terminal claro y sobre el cual no hemos realmente llegado a conclusión alguna.³⁰

Al rechazar la propuesta del choque de civilizaciones, y en su lugar inclinarnos en favor de nuevos esfuerzos hacia el desarrollo lo más armónico posible del devenir humano, lo hacemos en consonancia con el espíritu creador expresado por el premio Nobel de literatura, Wole Soyinka, cuando sugiere que:

Nuestro deber como hombres y mujeres cultos es poner esperanza y empeño en emplear estrategias que faciliten la ampliación de nuestro conocimiento sobre la humanidad. Un modo

²⁷ S. Huntington, *op.cit.*, “The Clash of ...?”, p. 49.

²⁸ Citado en Samuel P. Huntington, “If Not Civilizations, What?. Paradigms of the Post-Cold War World”, en *Foreign Affairs*, Nov-Dec., 1993, p. 186.

²⁹ Manoj Dasgupta, “In the throes of...?”, *op.cit.*, p. 636.

³⁰ Henry Kissinger, entrevista con Tony Day y Doyle McManus aparecida en *Saudi Gazette*, 16 February, 1994, p. 5.

de lograrlo sería que, cada vez que dos hombres se encuentren, dondequiera que sea, se preocupen de aprender todo lo posible el uno sobre el otro, enriqueciéndose, así, mutuamente, en vez de empobrecerse [...] En efecto, las culturas dialogan y la humanidad se empobrece cuando ese diálogo es inhibido por los prejuicios o cuando un posible socio es relegado a un estatus inferior, marginándosele y observándosele a través de las lentes reductoras de un prisma [...] En los encuentros ideales, cada uno tendría que cargar con su propio techo, respetándose así el derecho de exclusividad que define una cultura, la estructura que la sostiene. No obstante, uno no vacila en descansar bajo otros techos, aunque tenga que comer y dormir en el suelo, aprendiendo de este modo, que el arte o la gracia de recibir hospitalidad está tan profundamente cultivado como la generosidad de ofrecerla y ampliarla a otros niveles.³¹ ❧

FECHA DE RECEPCIÓN: 5/I/99

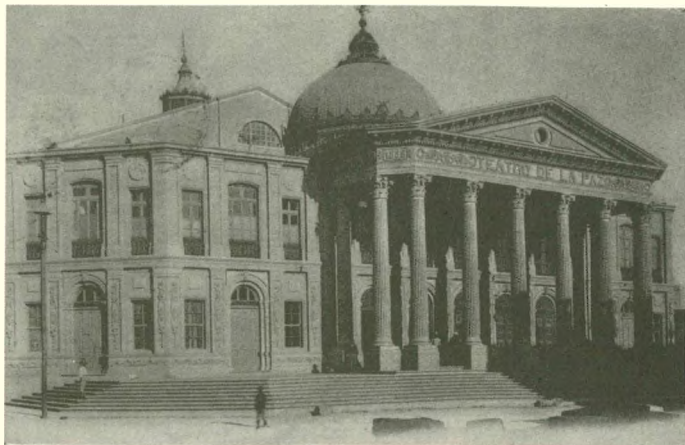
FECHA DE ACEPTACIÓN: 19/I/99

BIBLIOGRAFÍA

- Barber, Benjamin R. "Fantasy of Fear", *Harvard International Review*, Winter, 1997-98.
- Claxton, Mervyn. "Culturas: Cambio e intercambio" en *Cultura y más*, no.14, 1994.
- Day, Tony y Doyle McManus. entrevista a Henri Kissinger aparecida en *Saudi Gazette*, 16 February, 1994.
- Degler, Carl. N. "Un reto para el multiculturalismo", en *New Perspectives Quarterly* y reproducido en *Facetas*, no. 4, 1992.
- Dorraj Manochehr. "In the Throes of Civilizational Conflict?", *Peace Review*, December, 1998.
- Fukuyama, Francis. "The End of History", *The National Interest*, no.16, Summer, 1989.
- Gardner Richard N. "La política exterior de la administración Clinton", *Política Exterior*, no.38, abril-mayo, 1994.
- Hunter, Shireen T. "Clash of Civilizations or Peaceful Coexistence?", *The Officer*, June, 1998.
- Huntington, Samuel P. "If Not Civilizations, What? . Paradigms of the Post-Cold War World", en *Foreign Affairs*, no. 4, Nov-Dec., 1993.
- Huntington, Samuel P. "The Clash of Civilization?", *Foreign Affairs*, Summer 1993.
- Huntington, Samuel P. *IISS Strategic Survey 1993-1994*.
- Karlsson, Ingmar. "El choque de civilizaciones: ¿un escenario realista?", en *Política Exterior*, agosto-septiembre, 1994.

³¹ Conferencia de Wole Soyinka en la inauguración de la nueva sede del Colegio Mayor Universitario "Nuestra Señora de Africa" y apertura del curso académico 1992-93, en *Memoria curso 1992-1993*, Madrid.

- Kirkpatrick, Jeane J. "The Modernizing Imperative. Tradition and Change", *Foreign Affairs*, September-October 1993.
- Lewis, Bernard. "The Roots of Muslim Rage", *The Atlantic Monthly*, September, 1999.
- Luttwak, Edward N. *The Endangered American Dream: How to Stop the United States From Becoming a Third World Country and How to Win the Geo-Economic Struggle for Industrial Supremacy*, Simon and Schuster, N.Y., 1993.
- Martín-Muñoz, Gema. reseña bibliográfica "El fenómeno del integrismo religioso", *Política Exterior*, no. 38, abril-mayo, 1994.
- Qadir, Shahid. "Civilizational Clashes. Surveying the Fault-lines", *Third World Quarterly*, March, 1998.
- Ravitch, Diane. "Diversidad en la educación", *The American Scholar*, no.3, Summer, 1990; en *Facetas*, no. 1, 1992.
- Rosencrance, Richard. "The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order", *The American Political Science Review*, December 1998.
- Ruiz, Manuel. "Islam y Occidente, ¿un choque de civilizaciones?", ponencia inédita, El Colegio de México.
- Soyinka, Wole. Conferencia inaugural, nueva sede del Colegio Mayor Universitario "Nuestra Señora de Africa" y apertura del curso académico 1992-93, en *Memoria curso 1992-1993*, Madrid.
- Takaki, Ronald. "Culture Wars in the United States: Closing Reflections on the Century of the Colour Line", en Jan Naderveen y Bikhu Parekh (eds.) *The Decolonization of Imagination. Culture, Knowledge and Power*, Zed Books, 1995.
- Walt, Stephen M. "Building up New Bogeymen", *Foreign Policy*, Spring, 1997.
- Wong, Frank E. "La búsqueda de comunidad", *Change*, no.4, July-August 1991; en *Facetas*, no.1, 1992.



Teatro de la Paz. Juan Kaiser y hermano